

MANIFIESTO DE *AB INITIO*

Ab Initio nace con este primer número como una publicación periódica dedicada a la historia. El ámbito de los trabajos aquí publicados es y será el propio de la historia, sin restringirse a ninguna época, espacio geográfico o modelo de análisis. *Ab Initio* está dirigida a las personas que comienzan en el mundo de la historia, que han sentido la inquietud suficiente como para realizar los estudios universitarios en esta rama. *Ab Initio* pretende ser un soporte profesional en el que cualquiera de estos “inquietos” podrá publicar sus trabajos y ensayos, y al mismo tiempo podrá acercarse a los de otras personas con las que sin duda comparte más de lo que imagina. El objetivo perseguido, en última instancia, es el enriquecimiento de todos los que participemos de este proyecto como *homines viatores* que somos.

Hemos señalado que ésta es una publicación de historia, pero ante la pregunta ¿qué es la historia? se nos abren varias pendientes sinuosas por las que vamos a deslizarnos para trazar una respuesta concisa. La primera acepción de historia que nos facilita el diccionario de la RAE es la siguiente: “Narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados”. Es una concepción asombrosamente próxima a la que tenía Herodoto hace veinticinco siglos¹, y desde luego es una idea de la historia muy alejada de lo científico. La segunda definición de la RAE considera la historia como una “disciplina”, y a ésta a su vez como “arte, facultad o ciencia”. Sólo a través de esta sucesiva concatenación de términos, la historia y la ciencia aparecen conectadas.

La escasa valoración pública de las ciencias sociales frente a las ciencias naturales ha sido una tónica definitoria de la pasada centuria. Los primeros compases del siglo XXI no auguran algo diferente. Es indudable el auge y la enorme admiración hacia las segundas, tanto para el profano como para el experto de uno u otro campo, algo que se explica por varias circunstancias. Las ciencias naturales han disfrutado de una excepcional salud en el ejercicio de su labor, como bien se observa en la capacidad heurística alcanzada y en la cotidianeidad de sus logros. En esta subconsciente puja entre ambos campos, los expertos en ciencias sociales no han logrado alcanzar las mismas cotas o, en su defecto, no han sabido transmitir sus logros. Sea como fuere, las ciencias naturales han trascendido a la sociedad como auténticas ciencias, mientras que los temas relacionados con “las humanidades” no lo han hecho.

A nuestro juicio, son dos los problemas principales que explican esta dislocación: por un lado, la ligereza con que se pueden considerar determinados trabajos como historia y a sus autores como historiadores. Nos referimos a trabajos y textos sobre temas históricos que adolecen de un franco rigor en el contraste con los

¹ “Que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas...”, en HERODOTO, *Historia*, Libro I (*Clío*).

datos objetivos disponibles. En algunas ocasiones esta labor de análisis de los datos simplemente no existe; en otras, el análisis tiene serias lagunas, cuando no modificaciones *ad hoc*. Por otro lado, existe un complejo extendido entre los profesionales dedicados a las ciencias sociales respecto a la producción de las ciencias naturales, llegando a admitir que su propia labor no alcanza el rango de “científica”. Esta asunción, ya tradicional e inconsciente, se basa en el desconocimiento de la labor y la metodología de las ciencias sociales, pero también de la labor de las ciencias naturales.

En *Ab Initio* creemos que la historia puede ser una ciencia, pero consideramos que no pertenece al mismo ámbito de las ciencias experimentales, naturales o empíricas, al menos por dos motivos: porque no pueden reproducirse los fenómenos estudiados, como sucede con las reacciones químicas o los fenómenos físicos; y porque no creemos que la historia se rija mediante leyes universales como las que sí parecen existir – con limitaciones – para las ciencias naturales (las *Naturwissenschaften*). Como dijera Wilhelm Dilthey, los fenómenos de las ciencias sociales (las *Geisteswissenschaften*) no se explican sólo por mecanismos de causa y efecto, ni siquiera por un esquema conductista de estímulo y respuesta. Para comprender los fenómenos sociales es necesaria la interpretación humana.

Esto es así porque el objeto de estudio de la historia son las sociedades humanas del pasado. Una definición sencilla en apariencia que, sin embargo, esconde tres de los conceptos más controvertidos en cuanto a los estudios históricos: “sociedades”, “humanas” y “pasado”. En última instancia, el objeto de toda ciencia social es el ser humano, que se manifiesta más como un conjunto de azares que de certezas. Por si fuera poco, en muchas ocasiones el hombre actúa de una forma muy diferente en sociedad a como lo haría individualmente. La suma de las partes no es lo mismo que el todo en las ciencias sociales, pero ello no significa que las sociedades respondan a leyes naturales como si de entes autónomos y con voluntad propia se tratase. Creemos que la historia es contingente. Una sociedad está formada por personas, y la acción individual de algunas de esas personas puede alterar el rumbo previsible de todo el grupo.

Lucien Febvre matiza que la historia es una ciencia que no estudia el pasado del hombre, sino al hombre “en el tiempo”, dejando así el camino abierto a lo que hoy en día conocemos como historia del presente. En cuanto al “pasado”, sostener que no existe se ha convertido en un lugar común de una parte de la historiografía, pero no por ello es menos potente tal argumento. Por supuesto que han existido hombres y sociedades antes que aquellas de las que tenemos experiencia vital, pero el pasado histórico no tiene una existencia material unívoca en el presente. Es una categoría mental humana que nos permite incorporar en nuestros razonamientos el tiempo, la variable más esquiva y la que irremediamente más condiciona toda nuestra existencia. El pasado existe porque los seres humanos nos hemos preguntado por él, es decir, es una construcción humana. No es una categoría exclusiva de la historia, aunque es un elemento más presente en la

historia que en otras disciplinas. Pero no es el objeto de la historia, porque no es una variable homogénea o comparable.

Cada historiador reconstruye las sociedades del pasado, y lo hace con sus propias herramientas mentales, con sus prejuicios personales y con los de la sociedad que le rodea. Las concepciones mentales de los hombres del siglo XXI no son las de las gentes del siglo XIX, y ya nunca podrán serlo². Cada sociedad del siglo XXI manifiesta una idiosincrasia que la diferencia de otras en la manera de acercarse al conocimiento, y esto influye necesariamente en todos los miembros de dicha sociedad³. Finalmente, cada persona de una misma sociedad del siglo XXI tiene una capacidad intelectual, una experiencia vital, una formación y un bagaje cultural propios que le condicionan, limitando, ampliando u orientando toda su actividad académica. En definitiva, el historiador como *sujeto* de la historia pertenece a un sistema cultural que se basa en conocimientos previos, creado por otros sujetos. Esta circunstancia no es exclusiva del historiador, sino característica común del saber humano en general. Pero en este campo existe un abismo entre las ciencias experimentales y las ciencias sociales. Rara vez se cuestiona la objetividad del físico o del químico, pero sí la del sociólogo o la del historiador. ¿Puede realmente el historiador ser objetivo? La respuesta no parece que pueda ser afirmativa sin reservas, pero quizás lo que habría que redefinir es la pregunta: ¿ha de aspirar el historiador a la objetividad?

La subjetividad es inherente al ser humano, y para el historiador, esta subjetividad implica unas limitaciones como las que antes se han señalado. Ahora bien, la subjetividad no es lo mismo que la parcialidad. Las limitaciones inherentes a la objetividad nada tienen que ver con la intencionalidad del historiador: no podemos cambiar el hecho de ser historiadores en el siglo XXI y no en el XIX, ni tampoco podemos modificar el haber sido educados en una lengua materna determinada, pero sí somos “culpables” si buscamos conscientemente una interpretación histórica parcial. Entra entonces en juego un valor mucho más definitivo para el historiador que el de la objetividad, cual es el valor supremo de la honestidad. Un historiador que pretendiese, por ejemplo, legitimar apriorísticamente un régimen político, sería como un biólogo que elaborase una teoría renunciando a todo estudio empírico del fenómeno. La labor del historiador debe ser rigurosa, y no sólo porque se quiera alcanzar un cierto grado de reconocimiento en los campos de la ciencia o en la sociedad, sino porque es el único modo de que la historia continúe avanzando.

Si el objeto de la historia son las sociedades humanas del pasado, el objetivo del historiador es tratar de interpretar aquellas sociedades, y nunca ha de quedarse en

² Nuestro concepto de la libertad, por ejemplo, es necesariamente distinto al de los liberales de comienzos del s. XIX.

³ Un ejemplo es la sublimación del cambio, de lo nuevo, como un valor en sí mismo dentro de las sociedades occidentales. Esto es una novedad propia de la contemporaneidad, e influye en todos los miembros de la sociedad, tanto si asimilan consciente o inconscientemente este nuevo valor, como si deciden rechazarlo.

la descripción erudita de ese objeto. Una ciencia debe explicar las relaciones entre fenómenos, por lo tanto, la historia como mera narración o enumeración de datos no es científica. Esa historia es la que Ibn Jaldún denomina “historia en apariencia”, frente a la que este intelectual medieval propone una historia “contemplada desde su interior”⁴, que analice cuáles son las causas y los orígenes de los sucesos del pasado, para así plantear una interpretación crítica.

La historia alcanza así su fin último, que es la explicación de nuestra realidad, de su naturaleza y de su estructura. En definitiva, la historia ha de servir para entender cómo y por qué el mundo en el que vivimos es como es. El historiador ha de ser un experto en el método de interpretar nuestro pasado, para comprender nuestro presente. Es evidente la importancia, necesidad y valor que para la sociedad tiene esta empresa. Asimismo, la interpretación de los historiadores es fundamental en el análisis de las problemáticas actuales, ya que una mejor comprensión histórica ayuda a alcanzar conclusiones más acertadas, que pueden tener, incluso, un cierto valor predictivo.

La historia ha de ser también una vocación, algo intuitivamente atractivo antes que científico. La historia es curiosidad desde su propia etimología originaria, y como dice Marc Bloch, “cuidémonos de quitar a nuestra ciencia su parte de poesía”⁵. En estos días, sin embargo, ni la historia como ciencia ni mucho menos su poesía parecen hacerle falta a buena parte de nuestra sociedad. Su pregunta habitual ante los estudios universitarios de historia es “¿para qué sirven?”, lo que evidencia que ya tienen una respuesta preconcebida. Este funcionalismo a ultranza desprecia todo conocimiento que no tenga una utilidad inmediata, y creemos que es un grave problema para nuestro modelo de civilización: “En el fondo de esta horrible situación (...) está el desequilibrio entre la enorme y creciente potencia científica y técnica de los medios y el empobrecimiento paulatino de la sabiduría de los fines. Es el reinado del pensamiento débil, que tiende a enseñorearse del mundo”⁶.

Pues bien, de nuevo Bloch nos sirve de aliento ante las dificultades: “Aunque la historia fuera eternamente indiferente al *homo faber* o al *homo politicus*, bastaría para su defensa que se reconociera su necesidad para el pleno desarrollo del *homo sapiens*”⁷. Parece evidente que no todo lo que el hombre investigue ha de tener una utilidad material o política inmediata, y además es difícil saber las implicaciones que los estudios de hoy tendrán en el futuro. Pero arrebatarse al hombre la búsqueda de sus inquietudes y sus preguntas, origen etimológico y metodológico de la historia, es un acto muy poco humano. “Este es el argumento más simple y permanente frente a quienes quieran seguir hablando sobre la inutilidad o invalidez del conocimiento histórico: podrá ser, y lo es de hecho, insuficiente y defectuoso, pero en su objeto de estudio está su propio valor y

⁴ IBN JALDUN, Abderramán, *Introducción a la Historia Universal (Al-Muqaddimah)*, RUIZ GIRELA, Francisco (Ed. y trad.), Córdoba, 2008, p. 4.

⁵ BLOCH, Marc, *Introducción a la Historia*, México, 1975(París, 1949), p. 22.

⁶ DÍEZ-ALEGRÍA, José María: *Fiarse de Dios, reírse de uno mismo*, Madrid, 2004, pp. 85-86.

⁷ BLOCH, M., *Opus cit.*, p. 13.

utilidad. Negarlo es negar la idea que de nosotros mismos tenemos y condenarnos a la esclavitud de una permanente ignorancia”⁸.

*¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo comparado
con este gran trasunto
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?*

(Fray Luis de León, *Noche Serena*, ca. 1565)

Conscientes de nuestro lugar en el mundo, tanto social como científico, pensamos que la existencia de un soporte en el que se expongan las elaboraciones de aquellos que comienzan en la profesión de la historia tiene una gran utilidad. Desde *Ab Initio* creemos que existe un profundo desconocimiento (o desinterés) por parte de los universitarios españoles de historia en relación con los temas aquí expuestos: el concepto de la historia, su objeto, metodología, finalidad, el papel del historiador, la objetividad, la imparcialidad, etc. Asimismo, creemos que esta reflexión, que aquí sólo se ha bosquejado, es necesaria para desarrollar una práctica histórica que forme definitivamente parte del conocimiento científico y social. Las ciencias avanzan mediante la discusión en torno a las teorías, y la creación de un espacio donde poder hacerlo es una tarea necesaria para la historia y el historiador. En *Ab Initio* también hemos identificado algunas necesidades más particulares y perentorias. En primer lugar, es apreciable y preocupante la falta de interés de buena parte del alumnado universitario que cursa estudios en historia en el ejercicio de su profesión, así como en la propia disciplina en general. En segundo lugar, consideramos que en los actuales planes de estudio se impone una nefasta orientación hacia la tecnificación. Ambos factores, la pasividad del alumnado y la nueva orientación académica, se retroalimentan mutuamente, y producen la suspensión efectiva de las capacidades de análisis y crítica, elementos fundamentales para el historiador y la historia. *Ab Initio* es nuestro modesto intento de poner remedio a todos los problemas aquí planteados. En *Ab Initio* tienen cabida todas las interpretaciones que respondan a una metodología y que, mediante un análisis riguroso, aspiren a aportar algo de luz sobre el pasado. Invitamos a todo aquel que lo desee a participar en la fascinante tarea de construir una visión de nuestra historia.

Madrid, 14 de mayo de 2010

(*) Nota sobre feminismo. No pretendemos adaptar los textos a todos los giros lingüísticos de *género* que están actualmente en boga. El aforismo latino *in medio virtus* solía contener una segunda parte que hoy generalmente se omite: “en el medio está la virtud cuando los extremos son perniciosos”. Aplicando el *aurea mediocritas* a nuestra publicación, huiremos de todo lenguaje sexista, porque ni queremos ser ni somos sexistas, pero sin condicionar absurdamente la redacción por motivos extremos de corrección política.

⁸ LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *Lecturas sobre la España histórica*, Madrid, 1998, p. 321.